

EL VALOR DE EDUCAR EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Fernando Savater

Escritor. Catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid

(Transcripción literal de la Conferencia pronunciada en el II Congreso Internacional de Formación y Medios, en Segovia, el 6 de Julio de 1998)

Yo no soy ni mucho menos un experto en medios de comunicación. De hecho, no soy un experto en nada, ahora que lo pienso; pero, creo, estoy convencido, soy un convencido de la importancia de una cuestión que afecta al terreno educativo y al terreno, a la vez, de los medios de comunicación, y que cada vez, va teniendo una dimensión más importante, más invasora, más propulsora también de nuestras propias vidas.

Hace unos meses, Umberto Eco publicó un artículo en su colaboración habitual en La Estampa, hablando de un incidente que en Italia despertó mucho interés: una serie de inmigrantes albaneses fueron tratados de una manera, por decirlo suavemente, poco respetuosa por parte del alcalde, de las autoridades de Milán. Todo esto despertó una polémica sobre el tema de la xenofobia. En fin, estas cuestiones desgraciadas que también aquí conocemos. Entonces, Umberto Eco sacó un artículo diciendo qué puede hacer hoy un intelectual, qué puede hacer hoy una persona, digamos, intelectualmente preocupada por estos temas, frente a cuestiones como ésta. Es inútil, dice, llamar al alcalde de Milán e intentar repetirle unos importantes e inmortales principios sobre lo que es la xenofobia, la igualdad de los hombres, etc. Ya el alcalde tiene su edad y ya probablemente no va a escuchar estos mensajes. Lo único que se puede hacer, lo único útil, será «reescribir» los libros, vigilar y propulsar programas de televisión, de radio, de cualquier medio de comunicación, que vayan a ver los hijos de ese alcalde, los hijos de los votantes de ese alcalde, de tal manera que esas situaciones no se vuelvan a dar.

Es decir, en el fondo, deplorar o pasar de la línea de deplorar las circunstancias del mundo es algo interesante. Que el mundo ha estado muy mal desde hace mucho tiempo es una de esas cosas de las que ya tenemos noticias a poco que estudiemos historia o que leamos literatura, o que incluso tengamos memoria sin ser suficientemente viejos. Lo que hace falta es intentar transformar o reformar aquello reformable. Parece que hay que incidir en el campo educativo, el campo educativo frente a la presión de la fuerza, de la coacción, frente a la cárcel, frente a los castigos, fren-

te al asustar al público. La educación, es decir, formar individuos autónomos, responsables, participativos, capaces de guardarse a sí mismos y de ayudar a los demás. Eso es algo que hay que producir, digamos, «artificialmente»; el individuo capaz de disfrutar, de aprovechar, de participar críticamente en un sistema democrático no es algo natural, no es como un geranio o como una madreSelva, que nace sin que nadie la riegue; es algo que hay que cultivar. El individuo capaz de participar en la democracia es precisamente la manufactura principal que la propia democracia tiene que favorecer. Los griegos tenían muy claro que el sistema político democrático iba unido a la «paideia», a la educación; es decir, que no había democracia sin «paideia»; que no podía haber una democracia neutral o desentendida de la educación; que no podía haber una democracia simplemente que mirara a la educación como una cosa más de las que se dan dentro del sistema general político y que puede ser privatizada lo mismo que correos, o lo mismo que cualquier otro tipo de servicios. Es decir, la educación es algo intrínsecamente ligado a la posibilidad misma de la democracia.

Yo, en el libro *El valor de educar*, he intentado sostener que las democracias educan en defensa propia. No educan por una especie de altruismo, simplemente preocupación y deseo de mejorar a los demás, sino que educan porque es la única forma de seguir siendo viable. Si en la democracia van creciendo personas que desconocen el sentido mismo de lo que significa la ciudadanía, el sentido mismo de lo que significa una solidaridad racional con los demás, es seguro que la democracia terminará vaciándose de sentido, convirtiéndose en alguna forma de autoritarismo, de paternalismo, o en alguna forma de despotismo por muy cibernético que se nos presente.

John Galbraith dijo en su último libro —y es una lástima porque yo lo leí después de escribir el mío; si no, lo hubiera plagiado inmediatamente—, dijo en su último libro una frase que a mí me parece importante: «Todas las democracias actuales viven bajo el temor permanente a la influencia de los ignorantes». Yo creo que, efectivamente, es algo radical y muy importante. En un tipo de sistema político basado en las mayorías, el hecho de que la mayoría sea ignorante y que, por tanto, sea imprevisible; esté sujeta a la demagogia; esté sujeta a los embelecos de los que venden soluciones mágicas o no venden ninguna; esté sujeta a los prejuicios, a los racimos; la influencia de los ignorantes es un lastre inmenso para la transformación social. Y los ignorantes a los que se refiere Galbraith no son simplemente los que no saben cuál es la fórmula química del agua, o quién es el padre de Chindasvinto, que eso nos pasa a todos. Eso no tiene nada de especial, todos ignoramos infinitamente más cosas de las que sabemos, como es natural. Ignorantes son los ignorantes de qué significa pensar; de qué significa expresar las demandas sociales que tenemos a los demás, de manera inteligible y racional; escuchar las demandas de los otros; intercambiar argumentos; ser capaces de un mínimo de abstracción.

La abstracción es imprescindible en la vida, en el desarrollo mental de las personas. Yo, cuando a veces me preguntan si los jóvenes de hoy están menos informados, yo creo que unos están más preparados, otros menos, unos saben más cultura, otros menos, pero lo que sí se nota es una gran dificultad para la abstracción, para pasar de lo concreto a lo general, para pasar del principio al juicio que se aplica al caso inmediato. Hay una dificultad verdaderamente extraordinaria, es decir, de comprender. Todo son anécdotas, las categorías se escapan completamente. Yo creo que en esto la influencia de los medios de comunicación audiovisuales es muy grande.

Una idea no es una imagen. Esta es una de esas cosas que hay que repetir mucho, y que educativamente habría que meter en las cabezas; las ideas no son imágenes.

Estamos muy acostumbrados, me parece, y sobre todo mucho en nuestro tiempo, a pensar que toda idea tiene que ir acompañada de las imágenes, o es una imagen o, si no, somos incapaces de manejarla, somos incapaces mentalmente de utilizarla. ¿Por qué? Porque estamos viendo que las grandes ideas abstractas, en los medios de comunicación, se representan con imágenes, y en un programa de televisión alguien dice: «Porque la libertad...»; y entonces sale una señora con un camisón, saltando por un prado mientras las gaviotas gritan al fondo. Yo no tengo nada contra las señoras, ni contra los camisones, ni las gaviotas, pero la libertad no es eso. Si alguien cree que la libertad es algo relacionado con saltar por los prados, con llevar camisón o con lo que sea, es que está equivocando el funcionamiento, el nivel en que funcionan las ideas de libertad, las ideas de justicia, las ideas de relación, las ideas de inclusión de un principio en otro, esas no son, no son términos de tipo imagen: son temas abstractos. Por lo tanto, la capacidad, la necesidad de saber utilizar lo abstracto es imprescindible para pensar, éste es el peligro, yo creo. Cuando Galbraith habla de los ignorantes, los ignorantes no son los que no saben cosas, sino los que no sabrían aprenderlas, los que no saben, de alguna manera, razonar, los que no saben pensar, discutir, hacer explícito, comunicar; esa es la ignorancia, esa es la ignorancia gravísima en una democracia, porque es una ignorancia que atenta contra el principio mismo de la autonomía de los individuos. ¿Cómo va a ser autónomo un individuo que no sabe expresarse?, ¿cómo va a ser autónomo un individuo que no puede transmitir de manera inteligible sus demandas, sus esperanzas o sus críticas? Realmente es algo que hunde verdaderamente el principio del sistema democrático. Entonces, yo creo que a lo que se refiere Galbraith es a la influencia de este tipo de personas que van a buscar una voz porque no saben hablar, que van a buscar un símbolo más o menos con una imagen bien grande y bien chocante, porque son incapaces de la reflexión, de la abstracción, que van a intentar convertir en masa y en imposición lo que no podrían hacer en plan de transacción y de comprensión de puntos de vista ajenos. Todo eso efectivamente afecta muy directamente al funcionamiento de una democracia. Claro, lo que pasa es que Galbraith, que es muy buena persona, dice: «Las democracias viven bajo el temor... Bueno, viven bajo el temor los que quieren radicalizar y perfeccionar las democracias, los que no la quieren perfeccionar ni radicalizar viven con la esperanza de que haya muchos ignorantes, porque los ignorantes efectivamente son un tipo de clientela muy agradecido para cierto tipo de políticos; y hay políticos con un interés en que los ignorantes sigan siendo lo que en este sentido estamos hablando. Entonces, a mí me parece que la preocupación, digamos, por sacar de la ignorancia corresponde a la educación; y, dejando las discusiones habituales sobre los temas de educación, hay algo básico y necesario en la educación, que es ese aprendizaje del pensamiento, de la expresión, de la abstracción y de la capacidad de comprensión; es decir, de la capacidad de ser convencido por algo. Un ser racional no es racional sólo cuando sabe argumentar, sino cuando es capaz de ser convencido por argumentos: una persona impersuadible no es una persona racional. La necesidad de que las personas no sean hipnotizadas a la pasividad, sino que sean convencidas o que convenzan, ese es el sistema mismo de la democracia. Cuando se pregunta a veces eso de «qué es un intelectual», qué significa ser un intelectual..., un intelectual no es más que la persona dispuesta a tratar a los demás como si fueran intelectuales, un intelectual es el que se dirige a lo intelectual de los demás, el que intenta despertar el elemento intelectual que hay en los otros, el que no trata de hipnotizarlos, de intimidarlos, de seducirlos, sino de hacerlos pensar, ése es el intelectual; y ése es intelectual, aunque se dedique a paya-

so de circo, a bombero o a lo que sea; y el que no lo hace así, aunque sea catedrático de diez universidades, no es un intelectual.

Me parece que la educación tiene que despertar el elemento intelectual; por eso es difícil la educación; es difícil porque el que educa tiene que estar convencido de la situación deficitaria del otro al que intenta ayudar. Educar es una doctrina, una actitud un poco suicida, porque tenemos que educar a los demás para que prescindan de nosotros y todos queremos ser imprescindibles. Los padres, por ejemplo, tenemos muchas veces ese problema; educar bien a un hijo es educarlo para que se vaya, para que prescinda de ti, para que no te necesite, y eso es lo que ningún padre ni ninguna madre suelen querer, queremos educar, para seguir siendo imprescindibles como padres; y eso es absurdo. Un hijo cuyos padres le son imprescindible toda la vida es un hijo mal educado, profunda y radicalmente mal educado. Una persona que, digamos, ha pasado por el instituto, por la universidad, que está constantemente necesitando el gurú que le aclare la vida, es una persona mal educada. Los profesores estamos en este mundo para hacernos superfluos, tenemos que enseñar a los demás a prescindir de nosotros, a olvidarnos, a seguir por su propia cuenta, y eso hiere mucho el propio ego. Todos queremos ser imprescindibles, y todos quisiéramos que todo el mundo nos oyera con la boca abierta permanentemente; cuando, en realidad, la gente tiene que tener la boca abierta para hablar, para interpelar, para preguntar, pero no para admirar. La educación es, en ese sentido, una labor bastante ingrata y bastante difícil.

Yo creo que el educador, el profesor, tiene que tener unas condiciones diferentes a las del sabio. En España se confunden los profesores con los sabios. Hay gente que tiene ocho premios nobeles y que son sabios extraordinarios en su materia y muy malos profesores, porque el profesor no tiene que ser un gran sabio, el profesor tiene que ser una persona que sepa lo suficiente para ayudar a los demás a aprender, a saber cosas, y que tiene que tener la capacidad de comunicación y la empatía y la relación con los otros para suscitar ese despertar, ese despertar al conocimiento y a la razón, y al desarrollo de la razón del otro. Ahora, no digo que sea un sabio; hay excelentes profesores que no son eminencias en su materia. Sin embargo, en España, como naturalmente un sabio, si es puro sabio, se muere de asco el pobrecito mío, y no va a sacar nada para vivir, tiene que meterse en la enseñanza. Entonces, hay sabios que no enseñan, que enseñan fatal porque no han nacido para eso, porque ellos están en otro mundo, están en otro nivel, porque son tan sabios que no pueden imaginarse la ignorancia; y el profesor, el buen profesor, tiene que imaginarse la ignorancia, tiene que, de alguna manera, ser una poquito ignorante para comprender muy bien la ignorancia de los demás. Si uno es tan sabio, tan sabio, tan sabio que no ignora nada, no entenderá cómo la gente no entiende nada; no entenderá por qué la gente no sabe; no entenderá por qué a la gente no le interesa saber. A mí, hay profesores de Filosofía en bachillerato que me dicen desesperados, que a los alumnos no les interesa nada la filosofía. ¡Claro!, a nadie antes de conocerla. Esa es tu misión, tu misión es que le interese; a ellos solos por supuesto que no les va a interesar. La idea de que venga un alumno iluminado por no se sabe qué espíritu santo o platónico, y pidiendo filosofía desde los ocho años, eso, yo creo que eso no existe ni es imaginable, es decir, eso es precisamente lo que tiene que suscitar el profesor.

Todo este tipo de cosas, que son muy básicas, son también muy difíciles, evidentemente. La educación es una cosa muy cara, la educación es un proceso muy caro, la educación es un proceso, digamos, artístico, si se quiere, considerando arte aquello que uno puede aprender a hacer, pero nunca del todo. Uno puede, por ejemplo,

aprender solfeo, puede aprender a tocar el piano, pero lo que nunca aprenderá es a ser un Rubinstein, porque, digamos, hay siempre una dimensión artística, que uno adquiere solo. Uno puede aprender a enseñar, y es lo que se intenta en magisterio y lo que se intenta en la formación del profesorado; uno puede y debe aprender técnicas y aprender comportamientos docentes, pero luego hay una dimensión que uno tiene que desarrollar por sí mismo, una dimensión, si se quiere, artística, en el sentido de que nadie la va a dar por hecho, cerrada ya. Y eso hace que la educación tenga una dimensión más complicada, más difícil.

Además está la relación propia de la educación que es siempre cara a cara. La educación es siempre una cosa que tienen que hacer los humanos, unos con otros, nada educa más que las personas. Informan muchas cosas, pero educan sólo las personas. Esto es algo elemental que hay que repetir, porque a veces se dice que hay un, digamos, no sé, juegos educativos, programas educativos, que la naturaleza educa. Educar no educan más que las personas, porque sólo un sujeto puede enseñar a otro sujeto cómo ser sujeto, es decir, no puede enseñarnos nada más. Un perro, un libro, un cuadro, un amanecer no nos pueden educar, nos pueden informar, nos pueden crear experiencias valiosas para nuestra vida, pero no nos pueden educar. Educar, sólo pueden educar las personas. Es el hecho más importante para la educación: el que los hombres, los humanos nos eduquemos unos a otros, que cualquier contenido de la educación misma, es decir, el hecho de que sea un humano el que nos eduque, es más importante que los contenidos que nos transmita, porque lo importante es que la humanidad sólo se transmite entre humanos, sólo se contagia entre humanos, no hay otra vía. Pero, naturalmente, se pueden emplear infinitos sistemas, mecanismos, etc.

Vivimos en esa era de la información. Yo no tengo ninguna facultad de futurólogo, más bien todo lo contrario, y no sé cómo va a ser el siglo que viene, pero si tuviera que hacer una predicción, yo me atrevería a decir que las divisiones de clase, las divisiones, digamos, entre poseedores y desposeídos, que naturalmente van a seguir existiendo también en el siglo veintiuno, quizás no va a ser unas divisiones de clases clásicas, las basadas en la posición de riquezas objetivas de dinero, de tierras, sino que van a ser mucho más las diferencias entre los poseedores de información y los desposeídos de la información.

Por una parte, los que poseen el alcance y la capacidad para fabricar y maximizar los rendimientos de información de primera mano y, por otra, los que van a vivir pendientes de recibir sus medios de información de otros grupos, de otras personas. Esa va a ser la gran diferencia de razas y de clases el siglo que viene. El que esté desposeído de la información se ha caído del grupo o de la plataforma política que va a dirigir, que va a decidir y que va, en último término, a organizar el mundo en el siglo que viene. De ahí la importancia de la relación con la información.

Hay que distinguir entre información y conocimiento; la información no es el conocimiento. Hay que educar para que los alumnos o los neófitos o quien sea, sean capaces de convertir la información en conocimiento, porque son dos cosas distintas. La información es un nivel, y el conocimiento es una reflexión sobre la información, una capacidad de ordenar, de jerarquizar, de desechar y de seleccionar en la información. Entonces el recibir una inmensa masa de información no es garantía de conocimiento; si el conocimiento no está actuando sobre la información, probablemente esa masa pueda, al contrario, funcionar de una manera obtusa, es decir, puede obstaculizar la razón. El exceso de información puede convertir la información en inmanejable, sobre todo para quien no tiene unos criterios cognoscitivos capaces de organizarla. Es verdad que, en nuestro tiempo, hay una información muy

superior a otras épocas, es difícil que nos demos cuenta de hasta qué punto estaban poco informadas las personas hace cien años; eso no se puede ni pensar.

Chateaubriand, por ejemplo, en *Memorias de ultratumba*, cuenta que él estaba convaleciente en Bélgica de una disentería que había tenido justamente en las épocas en que ocurrió la batalla de Waterloo, aproximadamente a un par de kilómetros, o tres kilómetros de donde él estaba convaleciente. Entonces salió a pasear, uno de los primeros días que salió a pasear, y, como llevaba muchos días enfermo, sin haber tenido ningún contacto con nadie, estaba deseoso de noticias porque sabía de la campaña de Napoleón, sabía de la guerra y quería saber cómo estaba ocurriendo, y se encontró con un campesino que estaba por allí arando su campo y le dijo:

—Oiga, ¿sabe usted algo de la guerra, de Napoleón? ¿Qué ha ocurrido, qué pasa? ¿Tiene alguna noticia?

—Mire usted, no. No le puedo decir nada, el otro día vi unos caballos que pasaban allí al fondo, pero no le sé decir.

Estaba a dos kilómetros de donde acababa de tener lugar la batalla que decidió casi durante un siglo el destino de Europa, y sin embargo no sabía ni siquiera qué había ocurrido. Hoy, naturalmente, la CNN nos la habría transmitido en directo, incluso le habrían pedido a Napoleón que repitiera un par de veces la orden de marcha para poder nosotros mejor observarla.

Evidentemente, es un peligro el exceso, la hiperinformación y, sobre todo, la capacidad de que la información se convierta en deformación por la traslación del ángulo de mira, del tipo de selección de datos, etc. Es un peligro, pero pensemos que venimos de un momento en que la inmensa mayoría de la población no sabía lo que ocurría a dos kilómetros de distancia, aunque fuera la batalla de Waterloo. A veces decimos: «Ahora estamos peor informados que nunca». ¡Mentira!, nuestra sociedad es la sociedad mejor informada y más universalmente informada que ha existido nunca. Eso es evidente, lo cual no quiere decir que esa situación haga que todo el mundo autónoma y críticamente sea capaz de manejar esa información. Es evidente que no es así; pero, desde luego, lo que no tiene nada de deseable es el momento en que la gente vivía en la ignorancia de lo que ocurría a cuatro pasos; se enteraban de los terremotos seis meses después, cuando llegaba un viajero que se había escapado de allí, y su único contacto con la voz pública lo tenían el domingo por la mañana, cuando iban a escuchar al cura. Algunas de las generalizaciones que se escuchan contra la información forman parte de atavismos de esa especie de sueño de algo primigenio y limpio, en el cual todos llegásemos a los conocimientos por una especie de comunión mística con los demás; pero eso no ha ocurrido nunca.

Los medios de comunicación (perdónenme, pero conviene recordarlo, luego si quieren discutimos sobre ello), los medios de comunicación son en primer lugar un servicio público; es decir, son un servicio que está a disposición del público y para el público. Está al servicio, no digo ya del público como clientela, sino que están para crear lo público, para crear un espacio público. Son el ágora, el equivalente al ágora moderna, los medios de comunicación quieren o tienen que intentar crear el ámbito de espacio público, el ámbito donde las personas se encuentren. No nos vamos a encontrar en la plaza mayor, porque ya no hay plaza mayor; nos vamos a encontrar en los sitios de la red, nos vamos a encontrar en los periódicos, en los programas de televisión, nos vamos a encontrar en otro tipo de ágoras. Entonces esas ágoras, esos espacios públicos no se crean a través de comunicación. En ese sentido son servicios públicos, son también, naturalmente, fuerzas revolucionarias; es decir, los medios de comunicación tienen una dimensión transformadora, revolucio-

naria, para bien o para mal. El nazismo fue un gran fenómeno, digamos, propagandístico, y naturalmente la influencia del bolchevismo en Europa durante casi todo este siglo, con su propaganda antipropagandas, ha sido uno de los casos más notables de deformación del espíritu público que ha habido en nuestra época. Los grandes movimientos revolucionarios, los peores y los mejores, y los medianos, son siempre elementos que están basados en la información. Voltaire, por ejemplo, fue un revolucionario en su época porque manejaba como nadie los sistemas de información desde su bien. Voltaire se dio cuenta de la importancia del pequeño panfleto, de la publicación privada pero que se vendía en muchísimos ejemplares, de tener una red de corresponsales en toda Europa, de hacer llegar cartas para levantar a la gente en contra de una tiranía o abuso. Es decir, hay en los medios de comunicación una dimensión revolucionaria, buena o mala. Naturalmente, ni hace falta que les diga a ustedes que no todas las revoluciones, ni mucho menos, son buenas. Hay revoluciones malísimas, medianas, regulares y algunas incluso buenas.

Es también un instrumento educativo, los medios de comunicación son un instrumentos educativos. Una democracia es una sociedad en que todos vivimos educándonos permanentemente unos a otros, todos vivimos enseñándonos unos a otros. Evidentemente hay cuerpos especializados de enseñantes, y hay lugares más especializados en enseñar, pero se enseña, además de en el instituto, en la escuela, en la universidad; se enseña, por supuesto, en la familia, totalmente básica e insustituible. Es inútil el intento de los papás que creen que porque pagan el colegio...: «¡Pues yo ya le he pagado el mejor colegio...!» Nada, eso no vale, es decir, hay que enseñar cuerpo a cuerpo, es una educación, como el amor, como otras cuantas cosas importantes que hay en la vida, que hay que hacerlas uno mismo cuerpo a cuerpo: no hay otros sistemas. Entonces la familia no puede dispensarse, pague lo que pague, de educar, tiene que educar; y no puede haber educación excluyendo a la familia o bordeando, digamos, la educación familiar. Se puede intentar compensar las ausencias que, por desgracia, sean más evidentes; pero es muy difícil, digamos, sustituirlo.

La familia educa; educan, naturalmente, los medios de comunicación. Los medios de comunicación tienen una dimensión educativa, ¡cómo no!, no una dimensión solamente informativa, sino educativa, es decir, de crear un tipo de ciudadano, un tipo de personas, un tipo de valores, un tipo de ideales: eso se está fabricando ante nosotros. Hoy en los programas, por ejemplo, de televisión, están creando un tipo de personas, y estos programas varían. Hace unos años había programas de debate en televisión, en las televisiones (entonces eran públicas, era solamente la pública) había programas de debates, mejores o peores, pero debates; personas más o menos enteradas de una serie de asuntos se reunían y hablaban, discutían y nos decían cosas peores o mejores, más sensatas o menos, pero, ¡en fin!, había un programa de debate, lo cual era una cosa valiosa desde el punto de vista de la formación de personas capaces de razonar y de argumentar. Hoy los programas de debate han sido sustituidos por una especie de aquelarres, de monstruos surgidos de no se sabe qué espantoso lugar, que saltan, gritan, tienen visiones, convulsiones, se insultan, se tiran botellas, cosas todas las cuales, no son parte, ni más ni menos, de un programa de debate; eso no es un programa de debate, eso es una panda de brujas borrachas; o sea, no tiene nada que ver, digamos, con un programa de debate. Puede que haya realmente personas que crean que un debate es que salga una señora con dos cabezas, y luego que salga otro con ocho tetas. Bueno, y eso ¿qué tiene que ver con una discusión, o con que los seres humanos hablen unos con otros, o con que intenten documentar? Es eso que habrán oído muchas veces de «todas las

opiniones son respetables». ¡Vaya majadería!, ¡cómo van a ser respetables todas las opiniones! Todas las personas son respetables, pero las opiniones..., las opiniones están para no ser respetadas, las opiniones están para ser discutidas. Si no discutiéramos y respetáramos todas las opiniones, no hubiéramos bajado todavía del primer árbol, que seguro que había alguien que decía: «¡No bajéis, que va a ser peor; no bajéis!»

Evidentemente, las opiniones están para ser discutidas, las opiniones no son un castillo donde uno se encierra y dice: «Yo tengo derecho a tener mi opinión». ¡No, señor!, usted tiene derecho a sostener una opinión, a ofrecerla, a defenderla, pero no todas las opiniones valen igual. ¿Cómo va a valer igual la opinión del que no sabe ni una palabra, que la opinión del que sabe algo?; ¿cómo va a valer igual la opinión del que sabe argumentar con razones, que la del que simplemente dice que es su idea y que sale de dentro o que se lo ha revelado San Apapucio, presentándose en una de esas...?

Esa idea de que las opiniones son todas igualmente válidas es absurda, es una de esas cosas que hay que discutir, porque realmente hay una tendencia, en los medios de comunicación, a presentar lo pintoresco, la opinión como algo puramente pintoresco. Es decir, cuanto más rara sea la opinión que tenga usted, mejor; porque eso vende más, eso choca más. Como el espectador no tiene ningún interés en la verdad, como el espectador no tiene ningún interés en el conocimiento, como el espectador no tiene el interés de llegar a ninguna conclusión válida, sino que lo que simplemente quiere es pasar el rato y que llegue la hora de acostarse, tan atontado, supongo, como estaba cuando se sentó, entonces, lo gracioso es tener opiniones que choquen o que, digamos, entretengan a la gente.

Yo comprendo que a las personas racionales, a la larga, podemos resultar como muy aburridas, porque en el fondo lo que dices es lo que el otro, más o menos por sí mismo, podría haber llegado a descubrir. Es decir, toda persona racional lo que dice es lo que el otro podría discurrir por sí mismo. Si yo digo que acabo de bajar de un platillo volante, que he estado en Marte, que he visto..., que se me han aparecido siete santos, ¡pues claro!, como todo eso ustedes por sí mismos no lo pueden llegar nunca a descubrir, ni a ver, ni a nada, entonces me van a escuchar como una gran novedad. En cambio, si yo lo que les hago es un razonamiento de otro tipo, un razonamiento que ustedes van a entender, ustedes, por lo tanto, inmediatamente piensan: «Bueno, eso lo podía haber pensado yo también». ¡Pues claro! Eso es lo que se descarta en los medios de comunicación: aquellas personas capaces de formular esos conocimientos a los que los demás podían haber llegado, pero que, por lo que sea, por no haberse fijado, por no haber tenido la inspiración primera, no los han tenido, pero que sin embargo viene muy bien, porque..., ¡claro, hombre!, mira, ahora sí, ya lo tengo y lo voy a reciclar dentro de mi forma de pensar.

De modo que, además de ser un servicio público, además de ser una fuerza revolucionaria, los medios de comunicación son también unos instrumentos educativos o deseducativos, que es lo que son, por ejemplo, nuestras televisiones. Yo insisto en las televisiones porque quizás sea lo más impactante en muchos aspectos, también se pueden encontrar estas funciones en periódicos y en otros medios que ustedes quieran. Creo que la ausencia de programas científicos, es decir de cierta reflexión sobre ciencia o debate científico, y no meramente, digamos, de anécdotas científicas, sino de una cierta reflexión; debates sobre la ciencia, eso no existe. Sí existe, en cambio, o se van sucediendo, una cantidad enorme de programas de fantaciencia, de paraciencia. En fin, en una palabra, de engaña-bobos; montones, y con un enorme entusiasmo. Entonces la gente cree que los programas científicos son esos.

Yo hace un verano, creo que fue el verano pasado, puse un programa de estos, de milagrerías, de lo desconocido, y era un programa basado en la combustión espontánea. La combustión espontánea que se presentaba como una cosa, que parece, según la noticia, que es muy corriente. Hay que tener en cuenta que a la gente le da por echar a arder sin mayor trámite, así, en la calle o lo que sea, llevado, pues no se sabe, por algún impulso interno, por alguna llamada del más allá. El caso es que esto la gente lo trataba como una cosa sabida o conocida; todo el mundo contaba cómo había ardido fulana, cómo había ardido mengano, como si fuese un proceso de todos los días; y había sólo un profesor, un catedrático de química, y el hombre protestaba, decía: «Hombre, yo creo..., no sé..., a mí...». Se le tacha de dogmático, intolerante...; y al final ya, en estos casos siempre hay un seudocientífico a favor de todo este tipo de fantasía, en el sentido más degradado y... entonces le dijo: «Mire usted, la ciencia moderna esta basada en dos principios: el principio de relatividad de Einstein, que dice que todo es relativo; y el principio de incertidumbre de Heisenberg, que dice que de nada podemos estar seguros».

Realmente, quiero decir, que ese programa, ese tipo de programas, son un verdadero peligro público; es decir, esto es una cosa que realmente debería sublevar, había que tener un libro de reclamaciones contra este tipo de programas. Pero, sobre todo, dado que existen y que a todos, a veces, nos gusta tener en la cabeza cosas intrascendentes, (sería horroroso estar siempre con cosas trascendentes en la cabeza), que, al menos, haya alguna alternativa a esto; que se suscite que hay otros aspectos interesantes; que no sean simplemente esa mentalidad de pasatiempo, digamos, sin compromiso, sin unión con las cosas importantes.

Por lo tanto, insisto, los medios de comunicación tienen su dimensión de servicio público, de fuerza revolucionaria, de instrumento educativo y de negocio. Son también un negocio; y entonces, claro, ese negocio influye en todo lo demás. Los medios de comunicación son muy caros, le pasa como a la educación. Un gran problema de la educación en nuestra época es, entre otros, que la buena educación es muy cara. Es muy cara y, por lo tanto, es inútil hacer un plan en el papel de maravillas educativas si no hay una financiación. De la misma forma, los medios de comunicación son caros y además producen mucho dinero. Son caros y pueden estar utilizados para producir mucho dinero, y eso también influye.

Todo esto configura una necesidad de preparación para utilizar los medios de comunicación; para integrarnos en los medios de comunicación; para resguardarnos de los medios de comunicación; para subirnos y viajar en los medios de comunicación; es decir, para determinar cómo debe orientarse. Yo creo que hay otros expertos mayores que pueden, probablemente, decirles, y seguramente les dirán a ustedes cosas mucho más concretas que ustedes las sabrán ya de por sí. Yo creo que lo que hay que suscitar es esa preocupación de la relación entre medios de comunicación y educación. No se puede convertir en un antagonismo, es decir, no se puede decir: «¿Para qué vamos a educar, si los medios de comunicación están para deducir?». Los medios de comunicación no son nada ajeno o distinto a las personas; las personas podemos intervenir, podemos demandar, podemos reclamar, podemos, de alguna forma, orientar en los medios de comunicación también. Cuando se dice: ¿Es malo o bueno que un niño esté viendo no sé cuántas horas la televisión? En primer lugar hay que preguntar: ¿La ve solo?, ¿la ve solo o la ve con alguien?, ¿hay alguien con él?, ¿hay alguien convirtiendo ese momento en que está viendo la televisión o está escuchando la radio, o lo que sea, en un momento de comunicación, de reflexión, de aprendizaje? O ¿es simplemente que le han puesto la niñera electrónica para que no moleste, y se ha ido todo el mundo?

Todo eso también es importante. Entonces la educación no es una educación simplemente para crear una barrera entre los individuos y los medios de comunicación, como si los medios de comunicación hubiesen nacido para ser enemigos naturales de los individuos. Nada de eso, en modo alguno; no lo son ni tienen por qué serlo, sino todo lo contrario. Los medios de comunicación abrirán unas posibilidades excepcionales únicas en la historia de cada uno de los individuos de nuestra época. Se les pueden atribuir muchos males, pero no es malo que existan. Puede ser malo que estén en manos de quienes están, cómo son utilizados.

Hay que tener también en cuenta cómo, también de alguna forma, en cierta medida, para ser rentabilizados, exigen una cierta preparación. Es decir, hay una preparación del receptor, una preparación que a veces tiene que venir desde muy pequeños. Fíjense, por ejemplo, en la capacidad de los niños para comprender los dibujos animados. Yo, digamos, ya hay dibujos animados de japoneses que no entiendo. No los entiendo, pero mi madre no los ve, no ve lo que hay en imágenes. La velocidad, el planteamiento de la imagen es tal que algunos no los entendemos, otros no son capaces de verlos. Un niño pequeño sigue el argumento, descubre las tramas o lo que hay y lo ve, porque está formado para eso, es decir, la capacidad para poder ver, la capacidad para poder seguir, para poder entender, para poder comprender un ritmo sincopado. Todo eso exige una formación, exige una preparación, eso es algo que está intrínsecamente ligado a la educación. No esperes una educación exclusivamente preventiva, ni por supuesto meramente moralizante o declaratoria, porque eso no tiene ningún sentido, sino una educación crítica, una educación de entrar dentro; no de dejar, sino de entrar dentro de lo que se está ofreciendo para desmenuzarlo, para seleccionar lo positivo, para potenciar aquello que pueda sernos más útil y para, también, utilizar los propios medios de comunicación. Porque, dentro de poco, se van a poder utilizar de una manera más o menos interactiva. Poder utilizarlos nosotros de una forma que no sea reflejo mimético de la vaciedad que habitualmente se nos da en ellos, sino que se conviertan en instrumento de comunicación personal y de creación. Esto no está exento de dificultades. Es un proceso en que la escuela está luchando, una escuela, que es, de alguna forma, un elemento planteado muchas veces de forma obsoleta, de forma antigua, cómo lucha contra este mundo que es mucho más seductor, mucho más brillante, mucho más tornasolado de los medios de comunicación. Habrá que ver cómo se lucha, cómo se aprovecha, digamos, el proceso educativo escolar, para, sin desmentir a los medios de comunicación, ayudar a comprenderlos y a orientarlos a nuestra manera de vivir; ahí está la gran apuesta. A mí me parece que es un reto importante y, desde luego, un reto que tiene una importancia decisiva en la determinación de lo que va a ser el siglo próximo.

El siglo próximo va a estar marcado por este inmenso desarrollo de los medios de comunicación y por ver cómo la educación va a responder ante este reto que las nuevas formas de los medios de comunicación presentan. Y, bueno, esto es lo que, en principio, yo quería plantear simplemente como un tema de reflexión y de debate con ustedes, que es lo que lo hace interesante, porque, para escuchar sin contestar, ya tenemos la televisión. A mí me gustaría que pudiéramos hablar ahora un poco, y yo escucharía con mucho gusto sus observaciones, sus preguntas, o lo que sea; y, en cualquier caso, pues muchas gracias por su atención.